

Nuestros matemáticos pretenden que la circunferencia de la tierra tiene cuatrocientos mil estadios \*: ignoro si este computo es exacto; pero sé muy bien que apenas conocemos la cuarta parte de esta circunferencia.

\* Quince mil ciento y veinte leguas : (15,225 leguas de 4,000 pasos.



## CAPITULO XXXII.

ARISTIPO.

El dia despues de esta conversacion corrió la voz que acababa de llegar Aristipo Cireneo, a quien nunca habia yo visto. Despues de la muerte de Sócrates su maestro, habia viajado por diversas naciones, donde adquirió gran reputacion. Muchos le miraban como un novador en filosofia, y le acusaban de que queria establecer la alianza monstruosa de las virtudes y la sen-



sualidad; no obstante se hablaba de él como de un hombre de mucho mérito.

Desde que llegó á Atenas, abrió su escuela, donde yo me introduje entre la multitud; pero despues le traté en particular, y ved aquí la idea que me dió de su sistema y de su conducta.

Cuando yo era joven todavía, la reputacion de Sócrates me llevó á oirle, y la belleza de su doctrina me hizo estar á su lado: mas como esta exigia ciertos sacrificios, de que yo no era capaz, creí que sin apartarme de sus principios, podria descubrir otro camino mas cómodo y asequible para llegar al fin de mis deseos.

Muchas veces nos decia Sócrates, que no pudiendo conocer la esencia y las calidades de las cosas que están fuera de nosotros, nos sucedia á cada instante tomar el bien por el mal, y el mal por el bien. Esta reflexion atemorizaba mi pereza: puesto entre los objetos de mis temores y de mis esperanzas, debia elegir, sin poder fiarme de las apariencias de estos objetos, que son tan inciertas; ni del testimonio de mis sentidos, que son engañosos.

Entrando entonces en mí mismo, reparé en este atractivo del placer, y en esta aversion al dolor, que la naturaleza ha puesto en el fondo de mi corazon, como dos señales ciertas y sensibles, que me advierten sus intenciones. En efecto, si

son criminales estas inclinaciones, ¿por qué me las ha dado? Si no lo son, ¿por qué no podrán servir de norma de mi conducta?

Acababa de ver una pintura de Parrasio, y de oir una sonata de Timoteo: ¿será necesario saber en qué consisten los colores y los sonidos para justificar el pasmo que yo habia experimentado? ¿Y no tenía derecho para inferir que esta música y esta pintura tenían su mérito real, á lo menos para mí?

De este modo me acostumbraba á juzgar de todos los objetos, por las impresiones de alegría ó de dolor que causaban en mi alma: á buscar como útiles los que me proporcionaban sensaciones agradables, y evitar como dañosos los que producian un efecto contrario. No echeis en olvido, que excluyendo las sensaciones que entristecen el alma, y las que la sacan fuera de si misma, hago consistir la felicidad únicamente en una continuacion de movimientos suaves que la agitan sin fatigarla; y que para expresar el embeleso de esta situacion, la llamo deleite.

Tomando por regla de mi conducta este tacto interior, estas dos especies de sensaciones de que acabo de hablaros, lo refiero todo á mí mismo; y sin depender del resto del universo mas que por mi interes personal, me constituyo centro y medida de todas las cosas; pero aunque sea magnifico este puesto, no puedo estar en



paz en él, si no me acomodo á las circunstancias de los tiempos, de los lugares y de las personas. Como no quiero que me atormenten los pesares ni las inquietudes, aparto de mí las ideas de lo pasado y de lo venidero, y vivo enteramente en lo presente. Cuando he apurado los placeres de un clima, voy á otro á hacer una nueva cosecha. Sin embargo, aunque extrangero á todas las naciones, no soy enemigo de ninguna; gozo de sus ventajas, y respeto sus leyes: aun cuando no existiesen estas, el filósofo debería no turbar el orden público con máximas atrevidas, ó con una conducta irregular.

Voy á descubrir os mi secreto, y explicar os el de casi todos los hombres. Los deberes sociales no son para mí otra cosa, que una serie continua de cambios: no doy un paso sin esperanza de retribucion ventajosa: yo comercio con mi ingenio y mis conocimientos, con mi diligencia y mis complacencias: no hago daño á mis semejantes: los respeto cuando debo: los sirvo cuando puedo: les dejo sus modos de pensar, y disculpo sus flaquezas. Ellos no son ingratos; pues siempre he reembolsado mis capitales con grandes ganancias.

Solamente he creido conveniente echar á un lado esas formalidades, que se llaman delicadeza de sentimientos, ó nobleza de procederes. Yo tuve discípulos; exigí un salario: la escuela de

Sócrates se escandalizó, y levantó el grito, sin echar de ver que perjudicaba á la libertad del comercio.

La primera vez que me presenté ante Dionisio, rey de Siracusa, me preguntó, qué era lo que me traía á su corte, y yo le respondí: vengo á trocar vuestros favores por mis conocimientos, y mis necesidades por las vuestras. Aceptó el trato, y luego me distinguió de los demas filósofos que le rodeaban.

Aquí interrumpí á Aristipo, diciéndole: ¿es cierto que esa preferencia os grangeó el odio de aquellos filósofos? — Ignoro, respondió, si experimentaron ese penoso sentimiento del odio: por lo que hace á mí, he preservado de él á mi corazón, así como de aquellas pasiones violentas, mas funestas á los que se entregan á ellas, que á los que son el objeto de ellas.

Nunca he envidiado mas que la muerte de Sócrates; y me vengué de uno que queria insultarme, diciéndole con sangre fria: « me retiro, » porque si vos teneis poder para vomitar injurias, yo lo tengo para no oirlas. »

¿ Y qué os parece de la amistad? le pregunté. — El mas bello y el mas peligroso don del cielo, respondió: sus dulzuras son deliciosas, y sus alternativas espantosas. ¿ Y quereis que un hombre prudente se exponga á una pérdida, cuya amargura emponzoñaria el resto de sus dias? Por los



dos hechos siguientes podreis conocer la moderacion con que me he entregado á este afecto.

Estaba yo en la isla de Egina, cuando supe que Sócrates, mi amado maestro, acababa de ser condenado: que estaba en la carcel: que se dilatara un mes la ejecucion de la sentencia, y que se permitia á sus discipulos entrar á verle. Si yo hubiera podido sin inconveniente, romper sus cadenas, hubiera volado á socorrerle; mas nada podia hacer por él, y me estuve en Egina. Esto es una consecuencia de mis principios: cuando la desgracia de mis amigos no tiene remedio, me ahorro la pena de verlos padecer.

Habia trabado yo amistad con Esquines, discipulo tambien de aquel grande hombre: le amaba por sus virtudes, quizá tambien porque me debía favores, y acaso porque tenia mas placer en mi amistad que en la de Platon. Reñimos una vez. Dijome uno: ¿qué se ha hecho aquella amistad que os unia? Está durmiendo, le respondí; pero está en mi mano despertarla. Me fui á casa de Esquines, y le dije: hemos hecho una locura: ¿me crees tan incorregible, que no merezca perdon? Aristipo, respondió, en todo me llevas ventaja: yo era el culpado, y tú das los primeros pasos. Nos abrazamos, y quedé libre de los leves pesares que me causaba nuestra indiferencia.

Si no me engaño, le repliqué, se sigue de

vuestro sistema, que se deben admitir las amistades de conveniencia, y desterrar aquella amistad que nos hace tan sensibles á los males ajenos. ¡Desterrar! replicó algo perplejo. ¡Bien! Yo diré con la *Fedra* de Euripides: tú eres quien ha proferido esa palabra, no yo.

Sabia Aristipo que le habian desacreditado en la opinion de los Atenienses; y dispuesto siempre á responder á los cargos que se le hacian, me instaba á que le proporcionase ocasiones para justificarse.

Os acusan, le dije, de haber adulado á un tirano; lo que es un crimen horrible. A esto me respondió: ya os he explicado los motivos que me llevaron á la corte de Siracusa, llena de filósofos que se erigian en reformadores. En ella tomé el papel de cortesano, sin dejar el de hombre de bien: aplaudia las prendas buenas del joven Dionisio; pero no alababa sus defectos, ni tampoco los reprendia, ni tenia autoridad para ello; y solamente sabia que era mas facil sufrirlos, que corregirlos.

Mi caracter indulgente y docil le inspiraba confianza; y algunas agudezas que á veces me ocurrían oportunamente, divertían sus ratos desocupados. No he hecho traicion á la verdad, cuando me ha consultado sobre cuestiones importantes. Deseoso yo de que él conociese la extension de sus obligaciones, y que reprimiese la



violencia de su caracter, decia continuamente en su presencia, que un hombre instruido se diferencia del que no lo es, como un caballo docil al freno, de otro que es indómito.

Cuando no se trataba de su gobierno, hablaba yo con libertad, y algunas veces con imprudencia. Un dia le pedia por uno de mis amigos, y no me oia. Me eché á sus pies, y esto se me imputó á crimen: yo respondí: ¿es culpa mia que este hombre tenga los oidos en los pies?

Estando yo instándole inútilmente, para que me concediera una gratificacion, se le antojó proponer una á Platon, el cual no la aceptó. Entonces dije yo en voz alta: no hay peligro de que el rey se pierda; pues da á los que se niegan á admitir, y niega á los que le piden.

Muchas veces nos proponia problemas; é interrumpiéndonos despues, se daba él prisa á resolverlos. En una ocasion me dijo: tratemos de algun punto filosófico: empezad. Muy bien, le dije yo, para que luego tengais vos el placer de acabar, y de enseñarme lo que quereis saber. Se picó con esto, y á la comida me hizo poner en el último asiento de la mesa. Al dia siguiente me preguntó, que tal me habia parecido aquel sitio. Sin duda quisisteis, le respondí, que fuese el mas honroso de la mesa por algunos momentos.

Tambien os censuran, le dije yo, que sois inclinado á las riquezas, al fausto, á la gula, á las

mugeres, á los perfumes, y á toda clase de sensualidades. Eso, respondió, nació conmigo; y he creido que usando de ello con moderacion, satisfaria á un tiempo á la naturaleza y á la razon: disfruto de las comodidades de la vida, y me es facil pasar sin ellas. En la corte de Dionisio me han visto vestido de púrpura; en otras partes unas veces con una ropa de lana de Mileto, y otras con un manto grosero.

Dionisio nos trataba con proporcion á nuestras necesidades. A Platon le daba libros, á mi me daba dinero, que no paraba en mis manos el tiempo necesario para mancillarlas. Yo di cincuenta dracmas \* por una perdiz; y dije á uno que se admiraba de esto: ¿no hubierais dado vos un óbolo \*\*? — Sin duda. — Pues lo mismo estimo yo las cincuenta dracmas.

Habia yo juntado algun dinero para mi viage á Libia; y viendo que mi esclavo, que iba cargado con él, no podia seguirme, le mandé arrojar en el camino una parte de este metal tan pesado é incómodo.

Un accidente imprevisto me privó de una casa de campo que yo estimaba mucho. Uno de mis amigos procuraba consolarme de esta pérdida, y yo le dije: no os dé pena: tengo otras tres, y

\* Cuarenta y cinco libras: (167 rs. vn.)

\*\* Tres sueldos: (5 cuartos ó 19 mrs.)



estoy mas contento con lo que me queda , que pesaroso por lo que he perdido : no es propio sino de los niños llorar y arrojar todos sus juguetes cuando les quitan uno solo.

A imitacion de los filósofos mas austeros , yo me presento á la fortuna como un globo á que puede hacer dar cuantas vueltas quiera ; pero que no ofreciendo asidero , no podrá ser desportillado. Si la fortuna viene á ponerse á mi lado , le alargo mis brazos ; si bate sus alas para levantar el vuelo , le devuelvo sus dones , y la deixo ir , esta es una muger veleidosa , cuyos caprichos me divierten algunas veces , y jamas me atormentan.

Las liberalidades de Dionisio me proporcionaban tener buena mesa , ricos vestidos y gran número de esclavos. Varios filósofos , partidarios rígidos de la moral severa , murmuraban de mí altamente ; pero yo no les respondia sino con dichos jocosos. Polixeno , que creia tener en su alma el depósito de todas las virtudes , halló un dia en mi casa unas agraciadísimas mugeres , y los preparativos de un gran banquete , por lo que se abandonó sin reserva á toda la amargura de su celo. Le dejé hablar , y luego le convidé á que se quedase con nosotros ; lo que aceptó , y nos convenció luego de que , si no gustaba de gastar , á lo menos le gustaba comer bien tanto como su corruptor.

Ultimamente , pues no puedo dar mejor justi-

ficacion de mi doctrina que mis acciones , Dionisio mandó llamar á tres hermosas rameras , y me permitió elegir una. Yo me las llevé todas tres , con pretexto de que habia costado muy caro á Paris dar la preferencia á una de las tres diosas. En el camino reflexioné que sus encantos no valian tanto como la satisfaccion de vencerme á mí mismo , y las envié á sus casas , y yo me fui pacíficamente á la mia.

Aristipo , le dije entonces , todas mis ideas las trastornais ; pues yo creia que vuestra filosofia no costaba ningun esfuerzo , y que un partidario del deleite podia abandonarse sin reserva á todos los placeres de los sentidos. ¿ Cómo que , respondió : podiais pensar que un hombre que no ve cosa mas esencial que el estudio de la moral ; que no se ha dedicado á la geometria , ni otras ciencias , porque no coadyuvan inmediatamente á la direccion de las costumbres ; que un autor de quien Platon no se ha desdenado de copiar mas de una vez las ideas y las máximas ; en fin , que un discípulo de Sócrates habia de haber abierto escuelas de prostitucion en muchas ciudades de Grecia , sin sublevar contra sí los magistrados , y aun los ciudadanos mas corrompidos !

El nombre de deleite , que doy á la satisfaccion interior que debe hacernos felices , ha parecido mal á los entendimientos superficiales , que re-



paran mas en las palabras que en las cosas : ha habido filósofos que , olvidándose del amor que tienen á la justicia , han favorecido esta prevención ; y tal vez algunos de mis discípulos la justificarán cometiendo algunos excesos ; ¿pero acaso muda de caracter un excelente principio , porque se saquen de él consecuencias falsas ?

Os he explicado mi doctrina : yo admito como único instrumento de la felicidad las sensaciones que mueven agradablemente nuestra alma ; pero quiero que se las reprima , luego que se advierta que la turban ó desordenan : y ciertamente no hay cosa donde mas brille la fortaleza , que en poner á un mismo tiempo límites á las privaciones y á los goces.

Antistenes tomaba , al mismo tiempo que yo , las lecciones de Sócrates : él habia nacido triste y severo ; yo alegre é indulgente. Antistenes proscribió los placeres , y no se atrevió á medirse con las pasiones que nos ponen en un éxtasis suave : yo tuve por mas ventajoso vencerlas , que huir de ellas ; y á pesar de sus voces lastimeras las arrastré en pos de mí , como unas esclavas que debian servirme y ayudarme á sobrellevar el peso de la vida. Hemos seguido caminos opuestos ; y ved aquí el fruto que hemos sacado de nuestros esfuerzos : Antistenes se cree feliz , porque se cree sabio ; yo me creo sabio , porque soy feliz.

Acaso vendrá dia en que se diga que Sócrates y Aristipo se apartaron algunas veces de los usos ordinarios , ya en su conducta , ya en su doctrina ; pero sin duda se añadirá , que redimieron estas pequeñas libertades á costa de las luces con que enriquecieron la filosofía.

